

In Memoriam

REVISTA MEXICANA DE
pediatría

Vol. 66, Núm. 5 • Sep.-Oct. 1999
p 227

En memoria de Ignacio Ávila Cisneros (21 de julio de 1913 - 27 de mayo de 1999)

Dolorosos han sido estos últimos tiempos para la pediatría mundial, especialmente la mexicana. Uno a uno, con intervalos algunos increíblemente cortos, nos han ido dejando nuestros prohombres. De ellos, el más recientemente fallecido ha sido Ignacio Ávila Cisneros, poco antes de cumplir 86 años de edad.

Las vicisitudes de la neumopatía crónica que desde hacía años veníalo aquejando, lo habían llevado en al año 1995, de regreso a vivir en la ciudad de Mérida su tierra natal.

En el año 1976, con motivo del retiro del doctor Ávila Cisneros, de la penúltima de sus actividades institucionales, la Revista Mexicana de Pediatría publicó de él una semblanza, de la que extraigo lo que sigue:

«Dentro de la pléyade de los grandes de la pediatría nacional, destaca Ignacio Ávila Cisneros con caracteres muy especiales, posiblemente únicos en nuestro medio. Ha sabido amalgamar como pocos la figura del clínico con la del sanitario; la del médico en ejercicio con la del administrador de altas responsabilidades; la del luchador vehemente en pro del niño mexicano con la del abanderado de la causa de la salud en lejanos confines de la tierra; la del encauzador noble con la del trabajador entusiasta para quien no hay menester indigno de su categoría; la del orador brillante del lenguaje incisivo con la del conversador ameno, bajo el acento imperecedero del hablar yucateco; la del funcionario estricto y sin tacha con la del amigo entrañable; la del escritor fino y esmerado con la del amante de las expresiones folklóricas; la del investigador severo con la del optimista de humor explosivo y contagioso. Facetas todas ellas de un todo armónico, como el que se da en los hombres excepcionales cuando alcanzan la madurez y la sabiduría plenas». Hasta aquí la cita.

En efecto, todos los afanes y cometidos del doctor Ávila Cisneros llevan la impronta y el sello de su poderoso intelecto, sus indomados bríos, su hondo sentido humanístico, su vasto saber, su extraordinaria creativi-

dad, su fácil y convincente palabra, y de su a la vez brillante y pulido estilo literario.

De los merecimientos académicos, distinciones y desempeño como funcionario público a nivel internacional y nacional, ha rendido ya debida cuenta la Revista Yucateca de Pediatría (1999; 4: 72-73), publicación ella a la que el propio Don Ignacio diera vida y editara hasta la hora de su deceso. Destacaríamos aquí su gestión como presidente de la Sociedad Mexicana de Pediatría (1954-55), y como editor de la Revista Mexicana de Pediatría durante un largo periodo de 14 años, al cabo del cual la Sociedad lo designó editor honorario de la Revista.

Culminó sus actividades directivas como presidente de la Academia Mexicana de Pediatría (1991-94), de la que previamente había sido el director de su Boletín de Información, y más tarde, secretario general. Bajo su presidencia, la Academia adquirió nueva fisonomía, a la luz de destellos, como fue, por ejemplo, la concepción y puesta en operación de los capítulos regionales de la Corporación, de los cuales él mismo fundara y coordinara el Capítulo Suroeste. Así también fue el autor de la idea de las reuniones intercapitulares que ahora matizan y acentúan el brillo de las Jornadas Pediátricas Regionales de la Academia.

Merced a su inigualable capacidad de concentración mental y de trabajo, y su amor por la historia de la pediatría, al doctor Ávila Cisneros débesele el acopio de gran parte del material que a la poste sirviera para elaborar la *Historia de la Pediatría en México*, que tras veinte años de esfuerzos y no pocos contratiempos, viera la luz a fines del año 1997.

Con Ignacio Ávila Cisneros ha desaparecido uno de los últimos gigantes y líderes de la pediatría nacional. Nos deja los indelebles testimonios de sus ideales, su pensamiento y sus creaciones. Siempre lo tendremos como fuente de inspiración, y como poderoso acicate en esos momentos en que la voluntad flaquea, y el ánimo decae. Eso nunca parece haber aquejado a aquel espíritu privilegiado que fuera Ignacio Ávila Cisneros.